

¡JÓVENES, FE y VOCACIÓN:

deseo común de santidad!

1

*“¡Miserable e infeliz de mí, qué ceguera la mía;
no haber conocido antes a mi Señor!
¿Por qué no habré gastado toda mi vida en servido?
¡Perdona, Señor, perdona a este gran pecador”. (...)*

*Decía y repetía con insistencia las siguientes palabras:
“¡No más mundo! ¡No más mundo!”.*

Sanzio Cicatelli, *Vita del p. Camillo de Lellis*, 46

*A nuestros/as jóvenes consagrados/as,
a los jóvenes en formación,
a los jóvenes que buscan en nosotros una fuente de inspiración
para el discernimiento de su vocación de vida.*

*Deseo de conocer a Dios ⁽¹⁾, necesidad de relaciones humanas humanizantes ⁽²⁾,
desear seguir a Jesús cargando con Él la cruz ⁽³⁾, la nuestra y la de los hermanos crucificados
que encontramos: estas han sido los tres caminos incandescentes que se han
“desencadenado” también en la vida del joven Camilo de Lellis desde aquel 02 de febrero de
1575; en él que hasta aquel momento había vivido como si Dios no existiera, ocupado en
otros pensamientos y asuntos que degradaban su humanidad y la de otros.*

Aquel día, a los 25 años de edad, consciente del fracaso de su vida, Camilo descubre a Dios. Lo encuentra reflexionando sobre la miseria de su situación, repensando a las exhortaciones espirituales que el buen fraile Ángel le había sugerido y guiado por una fuerte luz interior: « *¿Por qué hasta ahora he sido tan ciego para conocer y servir a mi Señor?* ».

Nace una relación personal con Dios. Camilo experimenta la misericordia de Dios, le pide perdón y le agradece por haberlo esperado tanto tiempo. Cambiada su relación con Dios, cambia su relación con el ser humano: cada persona frágil y que sufre ahora es un hermano/a que hay que amar por Dios, un Cristo sufriente y agonizante que hay que curar y consolar.

¹ «Maestro, ¿dónde vives? ... Vengan y lo verán. Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él» (Jn 1,38-39)

² « ¡Qué agradable y delicioso es que los hermanos vivan unidos! » (Sal 133. 1)

³ «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas» (Mt 8,19)

Después de él, cualquiera «*inspirado por el Señor Dios*» que quiera seguirlo en este servicio completo a los que sufren, lo hará «*por verdadero amor de Dios*», por «*complacer la voluntad de Dios*», «*para la gloria de Dios*» (cfr. Fórmula de vida camiliana).

El joven Camilo ha encontrado el 'sentido' de su existir y en ello tenazmente invierte lo mejor de sus energías. Este fuego interior es el mismo que ha animado la opción de cada consagrado/a y que continúa a remover la vida de cada joven que se pone, con honestidad, en búsqueda del sentido de la vida.

Esta experiencia existencial de conversión del joven Camilo está en el corazón de todos nosotros, hombres y mujeres que hemos abrazado un día su carisma. Camilo desde lo profundo de su pobreza humana, luego de haber perdido todo en la vida, busca con humilde inquietud, además de un trabajo para sobrevivir, un sentido de vida. En este camino, de forma inesperada y misteriosa encuentra a Dios, que llega a ser la experiencia que llena totalmente su vida. Esta historia de Camilo, ritmada por un cambio radical de vida, tiene un significado profundo aun hoy para la humanidad herida por la pobreza y por las enfermedades y principalmente habla en lo profundo al corazón de los jóvenes de hoy.

a. Unas inquietudes sobre la realidad religiosa y vocacional en que vivimos

Después de la vivaz, doble asamblea sinodal de octubre 2014 y octubre 2015, sobre la Familia, que ha concluido con la Exhortación apostólica *Amoris laetitia*, el papa Francisco ha convocado a una nueva asamblea general ordinaria del Sínodo, para octubre 2018, sobre la temática «**Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional**».

Ello quiere acompañar a los jóvenes en su camino existencial hacia la madurez para que, a través de un proceso de discernimiento, puedan descubrir su proyecto de vida y realizarlo con alegría, abriéndose al encuentro con Dios y con las personas, participando activamente en la edificación de la Iglesia y de la sociedad.

“¿A futuro, habrá aún un sacerdote, un religioso o una religiosa, un consagrado/a, en nuestra parroquia o en nuestra comunidad cristiana, en la obra de evangelización y/o de caridad?”

Levante la mano quien no ha dicho o no ha escuchado esta expresión.

Las diversas vocaciones en la Iglesia tiene un único fin: buscar el sentido que hay que dar a la propia vida y, al mismo tiempo, indicar la modalidad concreta con la cual cada uno de nosotros participa a la construcción del único Cuerpo de Cristo (el Pueblo de Dios).

Si miramos lo que está pasando en la iglesia y en nuestros institutos religiosos masculinos y femeninos en particular, con una mirada auténticamente cristiana, iluminada por la fe, las vocaciones juveniles presentan, en una visión global, una tendencia positiva, pero también en esto hay unos motivos de preocupación que surgen desde Europa y América del Norte, donde en los últimos años el declino es evidente. Mientras que en África y Asia hay una gran vitalidad, revelando que Dios ama a su Iglesia, y no está lejos de ella ni la abandona.

La vida de la Iglesia y de nuestros institutos religiosos conoce en efecto un proceso de sístoles y de diástoles, de expansión y luego de concentración. Hoy parece que ha llegado el tiempo de esta concentración, que no renuncia de todos modos a los grandes números, allí donde los hay o donde podría haber pronto, pero también siente la necesidad de una *regeneración* y de una *revitalización* del tejido religioso a través de la creación de pequeñas o grandes comunidades que iluminen el camino hacia un renacimiento más amplio y generalizado.

No podemos por eso pensar que Dios haya dejado de llamar a los jóvenes a su discipulado. La voz de Dios, aunque no necesita de una mediación humana para llegar a nosotros, él ha escogido el camino ordinario de alcanzarnos a través de otros hombres y mujeres. Su propuesta llega al joven a través de su familia, a través de la vida misma y de testimonio de otros creyentes, a través de otros jóvenes, amigos/as, compañeros/as de la calle: «... y el signo de ello es la alegría: la alegría de observar, de caminar en la regla de vida; y la alegría de ser conducidos por el Espíritu, nunca rígidos, nunca cerrados, siempre abiertos a la voz de Dios que habla, que abre, que conduce, que nos invita a ir hacia el horizonte» ⁽⁴⁾. Una vocación madura en tantos encuentros y revela muchas veces la vivacidad o la aridez de una comunidad cristiana, es decir de su *santidad*.

Y entonces tanto para los jóvenes como para nosotros tiene validez la sana recomendación: *¡no tenemos miedo de ser los santos del tercer milenio!* No dejamos caer esta intrépida palabra profética, que es también el secreto de vuestra y nuestras felicidad. El deseo de ser felices es el sueño y el proyecto más grande que llevamos en el corazón y que se humaniza, habilitándonos a cultivar una renovada fraternidad fundada en la acogida, el respeto, la ayuda recíproca, el perdón y la alegría ⁽⁵⁾.

b. Buscando el rostro de Jesús: fuente y significado de nuestra existencia

Buscamos a Jesús cuando soñamos la felicidad; por esto nosotros, como las centinelas de la mañana (Is 21,11), queremos que nuestra libertad esté orientada por el proyecto misterioso y encantador que Dios ha para cada uno de nosotros: aún en la obscuridad, pero con el corazón ya lanzado y vibrante hacia el alba. Debemos sin embargo cultivar – como Jesús – el coraje de atravesar las ciudades (“*pueblos y aldeas*”) de los hombres (Mt 9,35), pasando entre las multitudes, muchas veces llenas de fragilidad y de sufrimiento, en Nombre de Jesús y sabiendo con coraje detenernos y pararnos sobre esta humanidad que suplica, sin pasar “de largo” (Lc 10,33), para no privatizar el amor sino buscando siempre el bien de la otra persona, sobre todo en el compartir sus alegrías y sus dolores, frecuentando las periferias del corazón humano.

Jesús hablaba por los caminos, ingresaba a las casas, no hacía diferencias, sabía maravillar, era discreto y decidido. A su paso se elevaba la alabanza a Dios porque anunciaba la Buena Noticia (Evangelio). Cultivamos aquellas tres consignas decisivas que el evangelista Lucas ha confiado a la Comunidad Cristiana en el texto de Zaqueo (Lc 19,1-10) y que podemos encontrar de modo ejemplar en la vida de san Camilo, de nuestros/as fundadores/as Luís Tezza, Josefina Vannini, María Dominica Brun Barbantini y Enrico Rebuschini y de los muchos consagrados y consagradas. Esta sólida tradición nos acompañe, alimente nuestra vida y sea el alma de nuestra esperanza de futuro.

- *Tenemos la fuerza de buscar a Jesús.* Alfo atraía irresistiblemente a Zaqueo hacia Jesús; mientras algo también lo hacía sentirse muy alejado de Él. A veces nos sentimos pequeños, pensamos no estar preparados para la situación, muchas veces somos pocos. Es necesario salir al árbol, escuchar la Palabra del Señor, recibir su invitación y entrar en una relación particular con Él. Sostenemos la primacía de la Palabra para acoger la Palabra de Dios en el corazón; pedimos el don de la oración y de la vitalidad de lo ‘*trascendente en nosotros*’, para poder ver a Jesús, pues ella es el lugar de la comunión

⁴ PAPA FRANCISCO, *Homilía por la fiesta de la Presentación del Señor – XVIII Jornada de la Vida Consagrada*, 2 febrero 2014.

⁵ Cfr. PAPA FRANCISCO, *Discurso a los participantes al Capítulo General de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco (Salesianos)*, 31 marzo 2014.

íntima con Dios y la fuente de la alegría que cada joven y menos joven está llamado a afirmar con la propia vida.

- *Construyamos experiencia de vida fraterna según la tradición más verdadera de nuestra vida consagrada* (Hch 2,42-45). La Palabra de Dios para ser escuchada necesita de un contexto comunitario, y la Eucaristía necesita de una mensa alrededor a la cual compartir. Tenemos la alegría de una casa común: una auténtica y real *domus ecclesiae*. El Señor quiere que nuestro amor sea algo propio, fiel, capaz del don grandísimo de nosotros mismos, cuerpo y alma – pensemos a la radicalidad desconcertante de nuestros votos religiosos – en la singularidad de cada vocación, rejuveneciendo algo de nuestra juventud y de sus generosas promesas hechas al Señor y al prójimo necesitado.
- *Quedémonos al lado de los pobres, a los pobres de cada categoría* (pobres de pan, de afecto, de cultura, de libertad, de salud,... víctimas de la ‘cultura del descarte’) con una relación personal, tocándolos según la dinámica del ‘servir como siervos y no como dueños’, con una convencida dedicación a la causa del ser humano alcanzado en su precariedad, participando (habitando) de la vida de las personas de nuestro tiempo, entregándonos a Dios y al prójimo: quien encuentra a Jesús sabe pagar de persona con medida generosa.
- *Estamos al lado del sufrir y del dolor del mundo*. El misterio del dolor y de la muerte exige una justa colocación en el cuadro de la vida y de sus expresiones.

Trabajamos por la paz, sabiendo que no hay paz sin justicia y sin perdón, según el espíritu auténtico de la ‘pace crística’, que lleva como lleva como señal de verdad ‘manos perforadas y costado herido’ (Jn 20,20).

Nos metemos en la ciudad de los hombres, entonces, sobre todo la de los jóvenes, con el deseo de escucharla, de comprenderla, sin esquemas reductivos y sin miedos injustificados, sabiendo que, juntos, es posible conocerla en su variedad diversificada, en las redes de amistades y de encuentros, en la colaboración mutua.

Favorecemos las relaciones entre personas que son diversas por historia, por proveniencia, por formación cultural y religiosa, conscientes que la fraternidad es una experiencia de amor que va más allá de los mismos conflictos.

Podemos ser el fermento y los promotores de nuevos laboratorios de fe, de caridad y de esperanza donde se pueda discernir con pasión los signos del Espíritu que llama a los jóvenes y sigue llamando a aquellos que ya ha llamado para una siempre renovada santidad, donde compartir la luz del alba de Pascua de Resurrección con nuestros contemporáneos que tal vez están realizando un camino aún en la noche o caminan al encuentro todavía de la tarde arriesgando no encontrar alguna alba radiosa. (Lc 24,29)
(6)

⁶ «En un tiempo en el que la fragmentariedad alimenta un individualismo estéril y de masa y la debilidad de las relaciones disgrega y estropea el cuidado de lo humano, se nos invita a humanizar las relaciones de fraternidad para favorecer la comunión de corazón y de alma según el Evangelio porque «existe una comunión de vida entre todos aquellos que pertenecen a Cristo». Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Alégrense. Carta circular a los consagrados/as. Del Magisterio del Papa Francisco*, 9.

c. Los Jóvenes: nos interpelan, son esperanza y fuerza de revitalización para la sociedad y para la Iglesia

¡Los jóvenes nos escrutan y nos interpelan, sobretodo porque los *jóvenes nos piden un sentido de la vida*, de su vida y también de nuestra vida! Y antes o después debemos dar una respuesta a nosotros mismos para luego responder a ellos: ¿En qué consiste mi vida de cristiano/a, de consagrado/a, de camilo o camiliana?

Son parte del sentido de la vida las personas que pueden contar de mí y de mis tareas que desarrollo. El sentido es como el agua en que voy nadando. El sentido evoluciona. Si te haces fuerte para aquellos que necesitan particular protección y te buscan, si llegas a ser para ellos abogado, pastor, amigo, el sentido se consolida en tu vida y en la de ellos: «*Vivir, en últimas, no significa otra cosa que tener la responsabilidad de responder exactamente a los problemas vitales, de cumplir las tareas que la vida impone a cada momento, de hacer frente a las exigencias del momento*» (cfr. Viktor Frankl).

¿Por qué la Iglesia necesita sobre todo de los jóvenes?

De verdad la Iglesia, sobre todo en Europa, necesita de novedad y de un sòplo de aire fresco. ¿Pues, no es verdad que también la juventud necesita de algo “nuevo”, del ‘*magis*’, de algo de más bienestar? En la búsqueda de lo nuevo se puede individuar un elemento positivo, la voluntad de transformar la historia, para realizar un cambio que vaya más allá de la simple forma exterior, sostenidos del auténtico deseo de superación de las perspectivas personales, en una dinámica del compartir: aquí se esconde la fe en la Iglesia y nuestra fe en la juventud. Si entre nosotros reina mucha tranquilidad o calma, se en la sociedad se difunde una sensación generalizada de saciedad, intuimos la nostalgia de Jesús de encender, sobre la tierra, el fuego ardiente del entusiasmo con el don del Espíritu (Lc 12,49). La Palabra del Señor Jesús nos ayuda a acoger el desafío de la novedad que exige no solo acogida, sin también discernimiento ⁽⁷⁾.

¿Cuál es el aporte peculiar de los jóvenes?

El apóstol Pedro, en Pentecostés recuerda las expresiones del profeta Joel, del cuarto siglo antes de Cristo, y presenta la obra del Espíritu Santo en tres fases de la vida, cada una diferente: «*Sus hijos e hijas profetizarán, sus ancianos tendrán sueño y sus jóvenes tendrán visiones*» (Jl 3,1). Los «*hijos e hijas*” serán profetas significa que ellos deben ser críticos. La generación más joven vendría a menos si con su desenvoltura y con su idealismo indómito no desafiase y criticase a los gobernantes, los responsables y los enseñantes. Así haciendo hace progresar nosotros y sobre todo la Iglesia.

El aporte «*de los hijos y de las hijas*» es fundamental.

¿Ellos están aún hoy interesados a criticarnos, a criticar a la iglesia, a los gobernantes, o se quedan callados en silencio?

Donde hay aun conflictos arde la llama, el Espíritu Santo está obrando. En la búsqueda de colaboradores y vocaciones religiosas debemos tal vez poner atención sobre todo a los que molestan y preguntarnos si de verdad estos críticos no tengan en sí la calidad de llegar a ser un día responsables y, en fin, soñadores: propio este multitud (pueblo) de jóvenes hombres y mujeres ‘soñadores’ debemos, buscar, frecuentar, acompañar en el discernimiento de la vocación de la vida.

⁷ Cfr. Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *A vino nuevo odres nuevos. Del Concilio Vaticano Segundo, la vida consagrada y los desafíos aun abiertos*, 2.

¡Responsables que nos guíen hacia un futuro más justo y los “soñadores” que nos mantienen abiertos a las sorpresas del Espíritu Santo, infundiendo coraje e induciéndonos a creer en la paz allí donde los frentes se han puestos rígidos!

Y entonces: VEN y VEE – ¡joven! – nuestra vida consagrada camiliana y se «... ¡testimonio de un modo distinto de hacer, de actuar, de vivir!»⁽⁸⁾

¡María, la joven mujer de Nazaret (Lc 1,26), la joven madre del Señor que “ha creído” a la Palabra (Lc 1,45), custodie nuestra vocación y acompañe a cada mujer y hombre en el propio discernimiento para un “sí” lleno de futuro para una plenitud de vida (Lc 1,8) en el amor y en la auténtica libertad!

Roma, 14 julio 2017

403 años de la muerte de San Camilo

p. Leocir Pessini

Superior general de los Religiosos Camilos
y Consultores generales

Hna. Laretta Ganesin

Superiora general de las Ministras de los Enfermos
y Consejeras generales

Hna. Zelia Andrighetti

Superiora general de las Hijas de San Camilo
y Consejeras generales

⁸ Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Alégrese. Carta circular a los consagrados/as. Del Magisterio del Papa Francisco*, 10